



## PARA TENER UÑAS BELLAS

Siga este sencillo método:

Aplice el Separa-Cutícula CUTEX alrededor de las uñas. Enjuáguese los dedos. Extirpe la cutícula muerta. Pase también por debajo de las puntas de las uñas el Separa-Cutícula. Enjuáguese los dedos de nuevo. Verá cómo las manchas desaparecen.

Extienda con el pincelito, sobre las uñas, cualquiera de los esmaltes líquidos CUTEX, de colores novísimos. Duran muchos días. No se altera ni siquiera con el agua caliente.

Rechace imitaciones. Sólo con CUTEX podrá obtener ese efecto personal que constituye la distinción de cada dama.

**CUTEX**  
PARA UÑAS BELLAS

Adjunto Ptas. 1,50 en sellos de Correos, para que me envíen el nuevo estuche miniatura con una muestra de Esmalte Natural y otra de las siguientes: Rosa - Coral - Cardenal.

Sr. D. FEDERICO BONET - Apt. 202 - MADRID  
Nombre: \_\_\_\_\_ Calle: \_\_\_\_\_ N.º: \_\_\_\_\_ Pobl.: \_\_\_\_\_ Prov.: \_\_\_\_\_



## El olor de las axilas molesta a todos. ODO-RO-NO lo evita.

La protección que Odo-ro-no asegura conviene a todas las mujeres que se preocupen del efecto que han de causar a los demás. El olor de las axilas puede pasar inadvertido a la interesada; pero resulta siempre inaguantable a las personas que la rodean.

Odo-ro-no es una fórmula científica que impide el sudor y el olor de las axilas. Conserva el encanto de la piel bien cuidada y evita las manchas destructoras en los trajes.

Odo-ro-no Normal es de acción más duradera. Instant Odo-ro-no, para aplicaciones más frecuentes. Los dos llevan un aplicador adecuado, original e higiénico.

**ODO-RO-NO**

Sr. D. Federico Bonet - Apt. 202 - Madrid

Incluyo 0,50 ptas. en sellos de Correos para que me envíe una muestra de Odo-ro-no y folleto.

Nombre: \_\_\_\_\_ Calle: \_\_\_\_\_ N.º: \_\_\_\_\_ Pobl.: \_\_\_\_\_ Prov.: \_\_\_\_\_



Esta  
también  
para



En otro tiempo, muy próximo aún, esta deliciosa plaza de Santa Ana era feudo de los bebedores de cerveza y de los vendedores de mojama, de cangrejos y de gambas. Entonces los niños eran considerados como intrusos cuando se atrevían a coger una mesa en algún rincón de la plaza. Y los camareros, los vendedores y los parroquianos los ahuyentaban de manera nada cordial. En cambio, los niños y los viejos del barrio son dueños absolutos de la plaza. Los «peques» juegan libremente... Los «viejos» toman el sol y charlan, recordando los buenos días del siglo XIX... Y los pocos bebedores de cerveza que aun encuentran mesa en algún rincón de la plaza están allí como de prestado y por favor especial de la chiquillería. (Fots. Víde)

## La plaza de Santa Ana, ayer y hoy

# Los bebedores de cerveza, derrotados por la chiquillería

CONSERVABA uno de la plaza de Santa Ana de hace varios años un recuerdo sobre el cual el tiempo había puesto sucesivos velos, haciéndolo cada vez más borroso. No tan borroso, sin embargo, como para olvidar que era una plaza con color y carácter propios, con bancos de madera sobre los que algunas parejas de enamorados entonaban todas las noches la canción eterna, y con macizos de hierba, junto a los cuales los «cervezómanos» habían establecido su paraíso en el corazón de la ciudad. Sobre los pequeños veladores se elevaban torres de fieltros, y unos hombres de chaqueta blanca y bandeja cruzaban repetidamente la calle, buenos toreros de automóviles, trayendo vasos llenos y llevándose vasos vacíos, mientras otros hombres, de chaqueta blanca también, ofrecían su mercancía a los devoradores de mariscos.

Los niños no entraban en estos jardines, donde los bebedores de cerveza, al llegar el buen tiempo, se daban cita todos los días. Cuando algunos se atrevían a corretear por entre las mesas, parroquianos, camareros y vendedores de mojama consideraban el acto como una profanación intolerable, y de un modo nada cordial los alejaban de aquellos lugares sagrados.

En el centro de la plaza, un Calderón de la Barca, blanco, de mármol, y serio de contemplar un espectáculo invariable, era como el presidente honorario de los «cervezómanos». Cuentan que algunas noches bajaba de su pedestal para tomarse una caña. Pero esto no pasa de ser una leyenda inventada por un camarero andaluz y borrachín, que aseguraba, además, haber visto alguna vez a Calderón volver con mucho disimulo la cabeza para contemplar las pantorrillas de una señorita mal vestida de piedra—la señorita Musa o algo así—que está detrás de él como si se hubiera escondido para jugar al orí. Naturalmente, se trata de otra patraña, a la que ningún hombre serio ha de dar crédito.

El célebre don Cecilio, terror de los jardines, acabó de pronto con aquel carácter y aquel color de la plaza de Santa Ana. Aprovechó el invierno, cuando los «cervezómanos» no podían verle, y se llevó todo el verdín y todos los bancos de madera. La verdad es que la plaza tuvo entonces durante algunos días un aspecto desolado, y Calderón quedó en esa situación desairada y triste en que queda siempre un bloque de granito abandonado en medio de un solar. Después pusieron unos bancos de azulejos, de un evidente mal gusto, pero, en compensación, bastante incómodos. La plaza había sufrido una transformación completa. El paraíso de los «cervezómanos» se había perdido. La chiquillería inició la reconquista—digo reconquista porque supongo que los niños debieron jugar en la plaza de Santa Ana antes de que los de la caña y el cangrejo decidieran establecerse allí—de una tierra que les pertenecía. Vencieron. Pero fueron piadosos con los vencidos. No los echaron a patadas, como habían hecho con ellos. Y si pasáis ahora por la plaza de Santa Ana, veréis a los bebedores de cerveza que están allí, como de prestado, por favor especial de la infancia. El polvo que levantan los chicos al correr cae de vez en vez sobre los vasos de cerveza. Es el único castigo de los triunfadores, y los derrotados lo aceptan sin protesta. Otros se acercan y piden una gamba. Es el tributo que impone el vencedor. Lo malo es que si pagáis el tributo, el cobrador se va a contárselo a sus amiguillos, y al momento se presentan nuevos cobradores dispuestos a acabar con la ración de gambas.

El caso es que la plaza de Santa Ana tiene hoy una fisonomía completamente distinta a la de ayer: más simpática y, desde luego, de un colorido mucho más acusado. Con los niños han entrado en ella criadas, amas de cría, mamás, comadres, compadres, militares sin graduación, viejos que miran con ojos tiernos, barquilleros, cochecillos para bebés...

Dar la vuelta a uno de los grandes bancos circulares, a los que un árbol de inmensa copa sirve de paraguas cuando llueve y de sombrilla cuando hay sol, es asistir a un espectáculo gratuito y pintoresco, y contemplar una serie de personajes de comedia, de drama y, sobre todo, de sainete. Junto a un obrero sin trabajo, pálido y sin afeitar, que rebusca inútilmente en su bolsillo un poco de polvo de tabaco, dos comadres practican el sagrado rito de la murmuración.